

Cristianismo y lucha de clases^{*}

Abraham Pimstein^{**}

www.omegalfa.es

En este ensayo crítico se examinan los antecedentes de la denominada "Teología de la Liberación", insertada como parte de un proceso renovacionista que ha fermentado durante largo tiempo en el interior de la Iglesia, con expresiones diversas, sin trascender al mundo de los creyentes, salvo la notoriedad alcanzada por el sabio jesuita Teilhard de Chardin con su teoría de la evolución ortogenética y cristológica, recusada por la Iglesia, declarándose interdictas todas sus obras. Se analizan las condiciones que han permitido que la "Teología de la Liberación" fuera debatida extramuros de la Iglesia y, al mismo tiempo, fuera desarrollándose ecuménicamente, no obstante el cauteloso rechazo por parte de la jerarquía vaticana. La "Teología de la Liberación", por los antecedentes históricos de orden eclesiástico y la situación económica, política, y social que caracteriza a Latinoamérica, donde existe al presente casi más de un tercio del total de los creyentes con que cuenta la Iglesia católica, es considerada por el autor de este ensayo como la expresión de la lucha de clases en términos teológicos y asi-

* Procedencia del texto: NUEVA SOCIEDAD NRO. 82 MARZO-ABRIL 1986, PP. 110-120

<http://www.nuso.org/>

** Abraham Pimstein: Escritor y sociólogo chileno. Exprofesor de la Universidad de Chile. Autor del libro "Teilhard de Chardin, la evolución desfigurada"; ha escrito ensayos críticos sobre Nicolai, Rilke. Foucault Althusser, y otros; tiene para publicar" Luciano (de Somosata), Clásico Marginal del Mundo Antiguo, la Revolución de los Sofistas".

mismo sociales, que se da dentro y fuera con pretensiones ecuménicas contra la Iglesia tradicional, enarbolándose la bandera del evangelio como la opción de los pobres con el establecimiento de Iglesia como propia, procurándose, al mismo tiempo. el reemplazo del régimen capitalista por una sociedad más justa.

Consideramos que el desarrollo ininterrumpido en el seno de la Iglesia católica de una "Teología de la Liberación" por casi tres décadas, merece cuidadosa observación desde el punto de vista revolucionario, no sólo porque viene enfrentándose con las cumbres más altas de la jerarquía reaccionaria del Vaticano y exhibe al mismo tiempo -con firmeza no exenta de arrojo- una serie de formulaciones teológico-sociales que reiteran la necesidad urgente de cambiar las caducas estructuras de la casi bimilenaria Iglesia para retornar a la recta y primitiva aplicación del Evangelio enaltecedor de los pobres y de los humildes de la tierra, sino también, y especialmente, porque la nueva teología liberacionista está respaldada en América Latina, en naciones del Tercer Mundo, y en otras partes, por numerosos grupos de creyentes que pertenecen a las clases explotadas y oprimidas de la sociedad y que participan en las luchas políticas, sindicales y revolucionarias, siendo conocidos como los "Cristianos de Base".

Asimismo, en apoyo del interés que debería despertar la praxis de la nueva teología liberacionista, concordando con Jesús cuando decía: "Por su frutos, los reconoceréis... ", habría que considerar la abnegada labor revolucionaria que realizan como dirigentes del gobierno del FSLN en Nicaragua, cuatro sacerdotes partidarios de la "Teología de la Liberación".

De los valores subjetivos

La observación cuidadosa del desarrollo del movimiento que respalda a los teólogos liberacionistas implica -por parte de los revolucionarios- que no recaerán en lamentables errores cometidos en el pasado, como cuando, imbuidos de un torpe espíritu que creían "maquiavélico" pretendían aprovecharse tácticamente de algún movimiento religioso en calidad de "compañero de ruta" para abandonarlo y atacarlo después de haberse logrado el objetivo del caso; o cuando en nombre de una ortodoxia "químicamente pura" rechazaban cualquier movimiento de base religiosa proveniente de gente que creía en Dios y en Satanás, o todavía cuando hipervalorando algún movimiento de aproximación a posiciones reformistas o revolucionarias por parte de grupos cristianos, echaban por la borda determinados principios o los metían en un lecho de Procusto para acomodarlos a las circunstancias que creían favorables, como sucedió con motivo del "Diálogo Posto a Prova -Debate entre católicos y comunistas italianos", 1964, en que se hizo un pastel muy indigesto entre cristianismo y marxismo...

Personalmente estimamos que coincidir al mismo tiempo, pero por separado, en un mismo objetivo, no debe llevarse a cabo haciendo desaparecer las diferencias fundamentales, porque éstas siempre vuelven agravadas más tarde y son contraproducentes para políticas adecuadas. A veces es más fructífera una polémica leal que un diálogo hipócrita y complaciente. La descomposición gangrenosa de algunos valores de convivencia humana dentro del régimen capitalista, no debe alcanzar a infestar a los revolucionarios y a sus posibles aliados por afinidad, a lo menos, porque la revolución procura rescatar la humanidad que la reacción deshonra, tortura, mutila y mata. El secreto de toda estructura social, por muy impersonal que parezca, es que ha sido producida por los hombres.

Sostenemos que tanto los movimientos de lucha social y revolucionaria impulsados y orientados por el marxismo como los movimientos avanzados de los cristianos pueden prescindir de aprovechamientos "astutos" y deshonestos, no por blandura moral, que no viene a cuento, sino porque en última instancia se demuestran contraproducentes y perjudiciales para alcanzar, retener y desarrollar las metas conseguidas. Marx prevenía que no era la conciencia la que creaba la existencia social, sino a la inversa; la existencia social creaba la conciencia, o sea, el modo de vida que los hombres hacen, su estilo de vida. También este era el sentido que daba el "Che" Guevara a sus reflexiones críticas acerca de la formación en la lucha del "hombre nuevo" que procura desarrollar el socialismo, a partir del revolucionario de hoy.

Tanto la conciencia revolucionaria como la conciencia religiosa, son dos respuestas diferentes y antagónicas frente a la alienación social, ambas como productos de la sociedad clasista. Las dos constituyen entidades terminales de procesos subjetivos muy complejos que han derivado de la forma de existencia social que han experimentado respectivamente, del cúmulo de relaciones y reacciones vividas, por lo que uno u otro tipo de conciencia no puede transformarse a capricho ajeno o de un momento a otro, sin que medie un cierto tiempo cualitativamente eficaz o crítico y la propia intervención lúcida de las personas mismas. Sólo la práctica social reiterada por largo tiempo en un sentido unívoco puede cambiar la conciencia de cada quien, como lo corroboraron las investigaciones, experiencias y enseñanzas de la "reflexología" (Pavlov).

Es el cambio, la transformación de la sociedad, la que condiciona el cambio, la transformación de la mentalidad; aun cuando la nueva "cualidad", social e individualmente, por una suerte de inercia, arrastra consigo remanentes idealizados de la

antigua "calidad" de la vida que fulgura y se apaga súbitamente en sus últimos fragmentos. Al contrario de lo que piensan los cristianos, no es el cambio individual casi siempre quimérico y frustrado por las exigencias diarias de la vida en una sociedad enemiga, el que puede cambiar la sociedad, si ésta antes no se cambia revolucionariamente a sí misma, con fuerzas propias que abaten las condiciones y las fuentes de sus alienaciones, contra minorías arrogantes que defienden sus situaciones de privilegios.

El movimiento de los "Cristianos de Base" constituye parte actual de esas fuerzas propias que nacen en las entrañas de la sociedad capitalista en que vivimos y cuya necesidad de cambio y transformación de la calidad de la vida se expresa como tentativa de retorno al modo de existencia simple y digna que exaltan los Evangelios sinópticos. El pueblo cristiano que ha comenzado a rebelarse comprende que el Vaticano suntuoso y burocrático, esplendente por el boato y las riquezas, con la vistosa presencia de los soldados de la guardia suiza, no es la casa del "hijo del hombre", de aquel hijo de carpintero leschou bar Josseff, que nació en un pesebre, que alternaba con los humildes, y que fue injustamente crucificado por los romanos a instancias del alto clero judío designado y protegido por el César para gobernar y subyugar en su nombre a ese pueblo de dura cerviz.

Tampoco el alto clero que heredó la Sinagoga le dice a sus fieles que el Galileo, Jesús de Nazareth, fue condenado y muerto por "subversivo" al predicar la bienaventuranza y un nuevo reino para todos los pobres y oprimidos de la tierra. Evidentemente el Vaticano no puede ser su morada. En nuestro tiempo, también lo crucificarían, si volviera.

La crisis en la Iglesia vaticana

La lucha de clases, cuyo descubrimiento es anterior al marxismo, al igual que en otros tipos de sociedades clasistas que se dieron en la historia, tales como la esclavista, la denominada "despotismo asiático" (sociedad hidráulica para Wittfogel), la feudal, consideradas aisladamente o incluidas como "modos de producción" prevalentes dentro de ciertas "formaciones sociales", también se produce y sigue desarrollándose en el régimen capitalista contemporáneo, abarcando bajo multiformas o irradiando su influencia sobre las variadas y distintas esferas del contexto social. En ellas, por lo común, no aparece con su brutalidad desnuda, sino vistiendo ropajes que no desentonan en aquellos medios y hablando en la lengua propia de los mismos.

Lo característico de estas luchas sociales es que no se expresan tan sólo en la franja externa o visible de las actividades económicas, políticas y sociales, sino también con sutiles modificaciones que disimulan su naturaleza originaria en campos más o menos distanciados de los que hemos mencionado, metafóricamente hablando. Podemos referirnos a algunos por vía de ejemplo: "lo jurídico", "lo científico", "lo lingüístico", "lo artístico", "lo ético", "lo religioso", etc. Todos estos campos o dominios socioculturales aparecen como especificaciones de desarrollo autónomo, estando vinculados de facto y dinámicamente con todas las actividades del contexto social, dando y recibiendo, de manera desigual variadas influencias, pudiéndose decir a la manera hermética que, a su manera, "todo está en todo" y que "así como es arriba, es abajo" (Tabla Esmeraldina).

Ello no debe extrañar dado que en el contexto social todos los aspectos que lo componen son solidarios y coetáneos, aunque no de modo recíprocamente igual y homogéneo. Al considerar cada aspecto en su totalidad, pero en forma aislada, a

pesar de que representa parte de un todo mayor, haciendo de hecho abstracción del mismo y de las relaciones que dinámicamente lo caracterizan, el aspecto considerado no proporciona sino una imagen unilateral y erosionada del total de la realidad que nos proponemos encontrar. La distorsión histórica es más acusada e insidiosa cuando efectivamente en la superficie o apariencia de los acontecimientos y procesos existe la prevalencia de un aspecto sobre todos los demás, pues entonces otorga una fisonomía especial a la sociedad que se considera, lo que induce a una caracterización superficial y falsa, basada en una apariencia; de este modo, la lucha social propia a una formación social determinada puede quedar encubierta, por ejemplo, por las luchas religiosas reiteradas que pueden haber tenido lugar dentro de aquélla.

Las consideraciones precedentes nos permiten subsumir todos los mundos religiosos de nuestro tiempo y de nuestra región, en el único mundo real y concreto de la sociedad mundial en que vivimos, donde todavía impera un capitalismo convulso y decadente, cada vez más despedazado por la violencia y que se obstina en subsistir a cualquier costo, aunque éste pueda ser el holocausto nuclear de la humanidad, rechazando - cuando todavía es posible hacerlo- nuestros esfuerzos por crear un mundo nuevo, que siendo más justo sea más seguro. Igual aspiración alientan las grandes mayorías del pueblo cristiano en oposición creciente contra la alta jerarquía eclesiástica minoritaria aliada con los amos del poder en la tierra.

La crisis crónica y mortal en que se debate el sistema capitalista, que insensiblemente se va inclinando hacia el riesgo del suicidio y genocidio a escala planetaria de una tercera guerra mundial con bombas nucleares, al mismo tiempo que juega a las amenazas con ellas, también ha alcanzado y se manifiesta *a la manera teológica y religiosa* en la crisis que actualmente

sacude y conmueve a la Iglesia vaticana, que se viene manifestando con mayor evidencia desde la década de los sesenta.

La crisis que afecta a la jerarquía y a su expresión política, que es la religión católica (entendiéndose bien que no es la religión cristiana) de hegemonismo universal temporal, se revela como la lucha de clases en su exterioridad religiosa y eclesiástica. Es la rebelión creciente de una parte cualitativa del todo contra el todo formal todavía poderoso, pero reducido a una burocracia eclesiástica que no quiere perder sus privilegios, su vida muelle, su pitanza; muy amiga de Dios, muy alejada de Jesús y el Evangelio. Queremos señalar que esta lucha de clases se focaliza como lucha regional: la zarza ardiente prendió en América Latina, con Camilo Torres, con Medellín, con Puebla... y no cesa de arder... No pueden apagarla, como muchos años antes pudieron hacerla con la respetable persona del jesuita Teilhard de Chardin, quien también se había preocupado por la existencia misma de la Iglesia, temiendo por el porvenir de ella.

Por la vida, pasión y muerte de Camilo, ya sabemos cuál es la raíz de la violencia en Colombia. En su "Mensaje a los Cristianos" les decía: *"Es necesario, entonces, quitarles el poder a las minorías privilegiadas para dárselo a las mayorías pobres ... La revolución puede ser pacífica si las minorías no hacen resistencia violenta... La revolución, por lo tanto, es la forma de lograr un gobierno que dé de comer al hambriento, que vista al desnudo, que enseñe al que no sabe, que cumpla con las obras de caridad, de amor al prójimo no solamente en forma ocasional y transitoria, no solamente para unos pocos, sino para la mayoría de nuestros prójimos ... Por eso la revolución no solamente es permitida sino obligatoria para los cristianos que vean en ella la única manera eficaz y amplia de realizar el amor para todos ... Después de la revolución los cristianos tendremos la conciencia*

de que establecimos un sistema que está orientado sobre el amor al prójimo. La lucha es larga, comencemos, ya..."

Independientemente del juicio que pudiera merecer la eficacia real del foco guerrillero, con el mismo acento que empleaba el "Che", decía: *"El deber de todo cristiano es ser revolucionario; el deber de todo revolucionario es hacer la revolución"*.

En el libro "Teilhard de Chardin, la evolución desfigurada", concluido en 1966, su autor sostenía que la cosmovisión evolucionista "cristiana" de Teilhard constituía un intento de solución a la crisis dogmático-doctrinal que afrontaba la Iglesia católica, ante los extraordinarios avances científicos y tecnológicos que se estaban produciendo de manera acelerada e incontenible en el mundo contemporáneo, y advertía que un grupo de cristianos autodenominados "progresistas" señalaban que había un creciente descreimiento religioso de las masas como producto del fijismo dogmático de la Iglesia, y que en el interior de la misma, se hacía cada vez más difícil conseguir elementos jóvenes que ingresaran a la carrera del sacerdocio (El subrayado es actual).

La interdicción por la jerarquía vaticana de las obras que contenían el novísimo pensamiento teilhardiano y la condena de la actividad revolucionaria que desarrollaba el sacerdote colombiano Camilo Torres, no impidieron la ulterior profundización y generalización de la crisis eclesial, porque la raíz de ella no estaba en la eclosión de estas y otras manifestaciones semejantes, sino en su férrea alianza e integración al sistema capitalista, al extremo de constituir con el imperialismo norteamericano los bastiones de la contrarrevolución mundial (T. Molnar). Desde entonces la crisis de y en la Iglesia, no se centra en las sesudas y melancólicas elucubraciones acerca de la "impotencia de Dios" y luego, retornando a Nietzsche, sobre la

"muerte de Dios" que hacían intelectos europeos, sino en la problemática político-social de cómo detener o contrarrestar los avances impetuosos del socialismo, dando prevalencia relativa al combate que debía darse en Latinoamérica, por tratarse de una región muy sensible con agudos problemas sociales no resueltos. La lucha de clases, era preciso reconocerlo, se estaba dando en el interior de la Iglesia y la jerarquía iba a dar su batalla contra el Pueblo de Dios, que ya no era el Pueblo de la Iglesia, y contra sus caudillos latinoamericanos de Brasil, Perú, Venezuela y otros países.

Pero entonces ocurrió la ascensión al solio pontificio de Juan XXIII, Papa liberal y carismático frente a sus antecesores, que iba a representar, relativamente hablando, una nueva estrategia para el desarrollo de la política de la Iglesia, más en consonancia con los signos de la época. Los Corsi y Ricorsi, la diástole y la sístole en la historia se manifestarán en sus sucesores, los papas Paulo VI y el polaco Juan Pablo II, quienes se encargarían de fijar firme y discretamente los alcances de la nueva estrategia patrocinada por Juan XXIII.

Primero fue la convocatoria del *Concilio Vaticano II*, con abundante y moderna publicidad. Se alabó en ella que la Iglesia hubiera "emprendido el camino del diálogo con sus hermanos, con los tibios y hasta con los adversarios". Se habló, asimismo, del "nuevo cristianismo, portentosamente rejuvenecido" (Hofer, en "La reforma que llega de Roma", Karl Rahner et al, 1970). Con su iniciativa, Juan XXIII había roto el inmovilismo tradicional de la *ecclesia aeterna*, la cual también podía ser una *ecclesia semper refomanda*. (Baumhauer). Espigamos algunas conclusiones adoptadas por dicho Concilio: a ningún ser humano debe imponérsele la aceptación de determinado credo religioso. Ni la Iglesia ni el Estado pueden forzar al individuo o a la colectividad para que obre contrariando su íntimo convenci-

miento. Ante situaciones de flagrante inhumanidad, la Iglesia debe pronunciarse contra la explotación y tomar partido en favor de los oprimidos. En materia laboral el Concilio recomendó una determinada y prudente intervención de los obreros en los asuntos de la empresa. Aunque la propiedad privada es garantía de un orden social libre. Preconiza la Misión sin colonialismo. Se pronunció a favor del diálogo con los protestantes y ortodoxos y de la ligazón con las religiones mundiales. En relación con los judíos dice que éstos continúan siendo el pueblo favorito de Dios y que la Iglesia, impulsada por el amor religioso del Evangelio, lamenta profundamente todas las explosiones de odio y persecuciones, todas las manifestaciones del antisemitismo, dirigidas en cualquier época y por cualquier persona contra los judíos.

Evidentemente este Concilio del "Aggiornamento" logró aproximar a mucha gente extraña hasta entonces a la Iglesia, como los protestantes, los ortodoxos, los judíos y otros. Para todos sus respectivos credos hubo una singular apertura y tacto en el reconocimiento de sus diferencias fundamentales, siendo acogidos cuasifraternalmente y sin soberbia ni postura hegemónica. Credos muy distintos, alejados o desafectados, inclusive adversarios por siglos, habían encontrado los ejes mayor y menor de la elipse católica en que coincidían: el deísmo y la religión, que podían defender en común. También estaba subentendido quién era el enemigo de ambos: el socialismo, que prescindía de Dios y de la religión.

Esta apertura de la Iglesia católica en el viejo continente, años más tarde iba a producir extraños frutos en el nuevo continente del hemisferio sur. Sus nombres fueron respectivamente: Medellín, 1968, y Puebla, 1978.

Teología de la Liberación

Como movimiento social religioso nuevo y vivo, con su especificidad regional, que ha insurgido de las entrañas de la realidad global social latinoamericana, como la praxis del anhelo de transformarla desde sus raíces económico-sociales a partir de un terreno que la Iglesia católica apostólica y romana descuidara, dejándolo abandonado "a la buena de Dios", muestra su feracidad potencial, suscitando el interés de mucha gente actualmente angustiada, pero esperanzada en la solución de antiguos y acuciantes problemas que han hecho crisis en nuestro medio y en el seno de la propia Iglesia.

Para unos este movimiento es "la Herejía de la Liberación", para otros, "la Teología de la Subversión"; algunos piensan en la antítesis que existiría entre la teología y la liberación y apuestan a que gana la Iglesia o la revolución; es decir, el socialismo. Hay todavía personas que ven en la insurgencia de los sacerdotes que dirigen u orientan este impetuoso movimiento teológico de liberación, la repetición moderna de aquella pléyade de sacerdotes que en América Latina coadyuvaron a la independencia político-social formal de nuestros países, en el siglo XIX. Por el momento sería prematuro asegurarlo. Dejémos que el tiempo hable de aquí en adelante.

Ya en Medellín se observó que la jerarquía eclesiástica, a través principalmente de teólogos europeos, en defensa de la "*Philosophia perennis*" de la vetusta y casi bimilenaria institución, dirigiendo sus fuegos contra muchos teólogos de la liberación latinoamericanos, rechazaron el historicismo, el subjetivismo, el neopositivismo que, según ellos, impregnaban el pensamiento de la "Teología de la Liberación". Los sostenedores de esta última, no se dejaron arrastrar a la polémica del lado reaccionario de la corriente crítica planteada, con gran disgusto de los representantes de la teología europea que acostumbra a

"solucionar" toda suerte de problemas subsumiéndolos en la esfera pura de la gnoseología, del conocer.

Los teólogos latinoamericanos de la liberación fueron insistentes en la proclamación de sus principios y praxis en marcha: Sostuvieron que había que volver a las fuentes evangélicas, porque ellas, de modo teológico unívoco, constituían el "Fiat" del Evangelio cristiano: ¡La opción por los pobres! El cristianismo primitivo era una religión de los pobres y para los pobres. Los apóstoles no fueron potentados en la sociedad judía de aquellos tiempos, sino humildes pescadores, como Simón ("S. Pedro"), Andrés ... En el Sermón de la Montaña, acaso Jesús no dijo: "Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados" y también, acaso no dijo: "Más ¡hay de vosotros los ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo..." Jesús al contraponer los pobres con los ricos, no se refería a que éstos últimos eran ricos ... en espíritu!

También los teólogos liberacionistas sostuvieron con energía que la Iglesia debería estar al servicio de la humanidad y no hacerle el juego a las potencias temporales; que debería ser una Iglesia peregrina, desprendida de todo compromiso que no fuera el del Evangelio de los pobres y con la realidad del hombre y del mundo, y que, en la actualidad, debería ser la Iglesia del Cristo resucitado, simbolismo de la realización de la opción del pobre, que renace a una nueva vida luminosa y justa.

Así afirmaron que "crear un orden social justo, sin el cual la paz es ilusoria, es una tarea eminentemente cristiana" y que se debe: "Defender, según el mandato evangélico, los derechos de los pobres y oprimidos, urgiendo a nuestros gobiernos y clases dirigentes para que eliminen todo cuanto destruya la paz social: injusticias, inercia, venalidad, insensibilidad", también, había que: "Denunciar la acción injusta que en el orden mun-

dial llevan a cabo naciones poderosas contra la autodeterminación de pueblos débiles que tienen que sufrir los efectos sangrientos de la guerra y la invasión, pidiendo a los organismos internacionales competentes medidas decididas y eficaces".

Adujeron también que en el ejercicio práctico y cotidiano del sacerdocio, los sacerdotes debían dar testimonio de pobreza y de desprendimiento de los bienes materiales y compartir la suerte de los pobres viviendo con ellos y aun trabajando con sus manos, de acuerdo con lo prescrito en el decreto vigente, pero olvidado "Presbyterorum Ordinis". También abogaron por la abolición del régimen capitalista como estructura de pecado social.

La praxis cristiana de liberación se realiza en las comunidades cristianas de base que se forman entre los fieles y que funcionan de manera autónoma y legítima desde el punto de vista eclesial a la manera de las comunidades cristianas primitivas, compuestas por los pobres y oprimidos por la sociedad judeoromana de aquellos tiempos. No todas las comunidades cristianas de base alcanzan el mismo nivel de radicalización en el conjunto de los que participan en su movimiento. Es notorio en la actualidad el alto nivel alcanzado por el movimiento de los cristianos de base en Nicaragua, donde los sacerdotes Ernesto Cardenal y Miguel D'Escoto, simpatizante de la Teología de la Liberación, ocupan cargos principales en el gobierno revolucionario de Nicaragua, con las mismas obligaciones y derechos para decidir y conducir -sin sacrificio de su vocación y misión comprometida en el "Evangelio de los Pobres" los rumbos del proceso revolucionario en curso, al igual que los demás integrantes de ese gobierno, creyentes y no creyentes. A los que dudan sobre una praxis revolucionaria común, verificada fraternalmente entre socialistas y cristianos, hay que recordarles el dicho escolástico: "Contra facta argumenta non valent". Co-

mo dice el historiador general de América Latina, Luis Vitale: "Una praxis consecuente y respetuosa del derecho que tienen los cristianos de base a participar y decidir sobre el proceso revolucionario, podría contribuir a la gestación de una nueva alternativa de cambio social, a un tipo de sociedad socialista distinta, autogestionaria y libertaria".

Haciendo abstracción del contenido puramente teológico-crítico de la "Teología de la Liberación" y las críticas que atañen a los manejos de la Iglesia, está presente la poderosa fuerza social que impulsa al movimiento de los grupos eclesiales de base: el hambre y la miseria de los pueblos latinoamericanos que por siglos han sufrido estos azotes por manos de las clases ricas y dominadoras de la sociedad, ante las cuales se van progresivamente rebelando desde variados frentes de lucha, inclusive desde los bastiones de una Iglesia poco evangélica y poco cristiana que, desde los tiempos de Constantino, ha estado unida al poder de las clases explotadoras, cubriendo bajo su manto de caridad la expoliación inhumana de regímenes económicos profundamente injustos.

Marxismo y Teología de Liberación

Con el propósito evidente de hacer imposible toda aproximación en la lucha social entre marxistas y cristianos por el derrocamiento de la actual sociedad explotadora clasista y su reemplazo por una sociedad sin clases de tipo socialista, los teólogos más reaccionarios de la Iglesia católica -encastillados en el modelo histórico de Iglesia denominado Cristiandad contrapuesto al modelo conocido más comúnmente Iglesia Popular (del Pueblo, de base, o de los pobres) que defienden y que en la práctica van procurando construir los abanderados de la "Teología de la Liberación"- los dichos teólogos de la reacción

han originado una tempestad de escándalo, -felizmente dentro de un cacharro poroso- con referencia a la conocida como polémica aserción histórica de Marx: "Ella (la religión) es el opio para el pueblo".

Rasgando sus finas vestiduras pronuncian el anatema abominable sobre la eventual unión de los cristianos con ateos militantes que ofensivamente niegan la religión adjudicándole un despreciable papel Cabe recordar que en el debate entre católicos y comunistas italianos, realizado dos décadas atrás, algunos de los últimos, amedrentados por la objeción de los teólogos o bien con el anhelo de facilitar el abrazo, llegaron a conceder que "si bien la religión PUEDE ser "opio del pueblo", NO DEBE SERLO NECESARIAMENTE"; también que había que revisar radicalmente el concepto marxista de ALIENACION aplicado a la religión, etc. Nosotros sostenemos que las coincidencias y aproximaciones históricamente necesarias para derrocar el sistema oprobioso no requieren del disimulo ni mucho menos que los cristianos dejen de serlo o que los marxistas dejen de ser marxistas. Frente a la brutal realidad social de nuestro tiempo, la discusión del problema es cándida, trivial, extemporánea, y sólo favorece a las fuerzas de la reacción en escala mundial.

Carlos Marx, hacia 1843, en su "Introducción a la Critica de la Filosofia del Derecho de Hegel", en un cúmulo de imágenes metafóricas, sostenía: "La religión es el gemido de la criatura oprimida, el alma de un mundo sin corazón, así como es el espíritu de una condición de vida destituida de espiritualidad Ella es el opio para el pueblo. La supresión de la religión como felicidad ilusoria del pueblo es el presupuesto de su felicidad verdadera". (los subrayados son nuestros).

Como puede apreciarse, dentro del contexto, la frase aforística de Marx. ni más ni menos, sólo está cabalmente referida a

las sociedades históricas del pasado y de la contemporaneidad basadas en la existencia, y por ende, en la lucha de clases, pues en ellas hay la "criatura oprimida" que "gime"; en ellas se patentiza un "mundo sin corazón" y una "condición de vida destituida de espiritualidad" que la religión (no una determinada religión) refleja a la medida de ambas connotaciones, en forma invertida y antitéticamente como idealidad religiosa, siendo el "alma" y el "espíritu" de la realidad social de esas sociedades clasistas. Para Marx la religión en dichas sociedades proporciona tan sólo una "felicidad ilusoria" al pueblo, sin cambiarle sus reales condiciones de vida, que son inhumanas, crueles y miserables, y sin proporcionarle su "felicidad verdadera". Por ello, la función religiosa en las sociedades de clase hace las veces de una potente droga adormecedora y placiente, enervando todo ánimo de lucha para transformar la sociedad. Así es cabal y verdadera la metáfora de Marx de que "la religión es el opio del pueblo". Modernamente, hasta donde se ve, los cristianos de base aspiran a no ser "el opio para el pueblo".

Sobre el porvenir de la religión en las sociedades sin clases es materia conjetural y especulativa. Marx no se pronunció al respecto. Si las formas de existencia social abren cauces al desarrollo posible de las conciencias, sólo la experimentación viva de aquéllas, los modos y estilos de vida que aquéllas han de engendrar en sociedades socialistas plenamente desarrolladas, no permiten todavía en la época actual hacer previsiones objetivas de procesos sociales subjetivos aún nonatos. Con todo, pensando que el socialismo representa la supresión de la fuente de toda suerte de alienaciones históricas y la posibilidad del desarrollo omnilateral de los individuos en un ámbito de plena realización de libertad para todos, opinamos que la religión podría ser el objeto de respetables opciones individuales, particulares, personales.

En cuanto al argumento de que no es posible el entendimiento entre creyentes y ateos en términos políticos y revolucionarios, la denuncia de ateísmo ha perdido fuerza y actualidad con el desaparecimiento de las persecuciones religiosas y antireligiosas que constituyen un baldón en la historia de los hombres. El ateísmo de connotación política en la lucha social contemporánea no juega papel determinante, como lo demuestra el gobierno de trabajadores de Nicaragua, regido por revolucionarios ajenos al pensamiento religioso junto a abnegados dirigentes que son sacerdotes con vocación religiosa y revolucionaria.

Los denominados "Cristianos de Base", sin romper con la llamada "Iglesia de la Cristiandad" (o Neo-Cristiana), la cual procuran sustituir desde su interior por el modelo de una "Iglesia Popular, o de los Pobres", están produciendo una rebelión social religiosa cuya trascendencia no se puede soslayar. Se han organizado en "Comunidades Eclesiales de Base" donde realizan sus actividades como creyentes, tales como la confesión, la comunicación, la reflexión, las celebraciones populares de la Fe, al modo de los cristianos del Evangelio, intercambiando fraternalmente sus vivencias religiosas, personales, individuales, colectivas, sociales y culturales. Se reúnen periódicamente para efectuar sistemáticamente una libre "relectura" de los Evangelios. Las "Comunidades Eclesiales de Base" se constituyen en barrios, aldeas, fincas, escuelas, comunidades étnicas, movimientos sociales, etc. Ellas existen prácticamente en los países latinoamericanos y en otras partes del llamado Tercer Mundo, y otros. Nutren, apoyan, integran el movimiento de la "Teología de la Liberación". Entroncan espontáneamente con la lucha de clases por la abolición del capitalismo y su reemplazo por una sociedad sin clases, socialista.

Por principio, en general, los revolucionarios marxistas actuales son indiferentes a los problemas religiosos y teológicos específicos, no sólo en relación con la religión católica, sino respecto de toda clase de credos, incluyendo entre ellos la vasta gama de cultos sincretistas africanos, indígenas y otros que en combinación con diversas religiones se practican en Latinoamérica.

Si los diversos sistemas religiosos que predicán la resignación a las masas explotadas y oprimidas dependen en su existencia social de la subsistencia de una determinada sociedad de clases, la cual condiciona su aparición y desarrollo, resulta vano combatirlos como si fueran el enemigo principal, cuando el verdaderamente enemigo es la sociedad clasista que les sirve de fundamento.

Tampoco resulta eficaz tratar de cambiar la conciencia o mentalidad contemporánea -que es el producto de un largo y complejo proceso histórico-, dejando subsistir las condiciones sociales que la hicieron posible y también desarrollarse, pues son dichas condiciones la fuente incensante de múltiples alienaciones, conservando la miseria social real, pues la mera modificación de la mentalidad o de la conciencia no transforma la realidad social concreta.

Los revolucionarios, pues, no se proponen "descristianizar" a sus hermanos cristianos de clase, ni tampoco cambiarles su mentalidad, sino acogerlos en sus filas en su condición de Cristianos que también luchan por la abolición del sistema opresor de unos y otros, reemplazándolo por una sociedad socialista, más justa y luminosa en el desarrollo humano, y donde el individuo cada vez más diferenciado pueda realizar libremente todas las potencias creadoras de su ser. ■